Diario de Barcelona
22 junio 1959

110

51

La lección de un triunfo

Por Joaquín Calvo Sotelo

Es conmovedor pensar que este bravo muchacho que ha ganado la Vuelta a Francia ha hecho su aprendizaje de ciclista —según me dicen— repartiendo cántaros de leche por las empinadas calles de Toledo. Es conmovedor pensar que antes de subir al Puy de Dôme rasgando los jirones de la niebla de la cima, recompensado por el aplauso deportivo de miles de espectadores, ha coronado Zocodover anonimamente infinidad de veces, porque eso quiere decir que al pedalear por Toledo pensaba ya en el «maillot» amarillo y que de Toledo se habrá acordado al entrar en el Parque de los Príncipes.

Innúmeras lecciones se desprenden siempre del triunfo ajeno y nada ayuda tanto a conseguirlo un día como repasarlas bien y sin acritud a la hora o del anonimato o del fracaso, pero de ese triunfo, que aún clara y expresiva. A saber: hay que arre~~batado materialmente, se deduce una, muy clada y expresiva. A saber: hay que arre~~glárselas de modo que hasta en las más prosaicas tareas cotidianas se prenda un poco la ilusión; hay que divinizar las profanas herramientas del trabajo y soñar con que, aun de las más romas, pueden brotar alas el día menos pensado. Muchos oficios, muchos esfuerzos monocordes y sin vuelo son como el solfeo o los palotes de una empresa superior. Son, más que eso, su inevitable punto de partida. Sin su ejercicio, nada puede lograrse. Es menester sufrir y aburrirse al principio para la conquista de la alegría final. La fría gimnasia que madura el músculo, es indispensable para que el cuerpo trace después la bellísima curva del salto olímpico.

Acaso si Bahamontes no hubiera puesto su meta desde el primer día en la que acaba de ganar ahora, al volver a su casa humilde, maltrecho y derrengado por la jornada, habría sido tan sólo un gruñidor protestante de sindicato. Fijado su objetivo en ganar unas pesetas más o en servir unos turnos menos, Bahamontes se habría despedido de la fama universal y de la redención económica. Por suerte suya, no era así. Lo que le preocupaba era fortalecer sus tendones, avivar sus reflejos, mantener, sin desmedro, su resistencia. A Bahamontes no le importaba nada el número de cántaros de leche con que se le cargaba, porque sabía que iba a reemplazar su peso por la ingrávidas rosas del vencedor. Sabía que si, por el momento, tenía que estar a una hora temprana dispuesto para su tarea, pronto se le homologaría con asombro en los puertos de los Alpes y que a él sería a quien le pedirían firmas para los álbumes después de muchos años de pedirlas él a sus clientes en su libreta de reparto.

Es indiscutible que un duro aprendizaje guarda la llave del éxito. Repartir leche en Castellón de la Plana entrena menos que en Toledo. Un fulmíneo escalador como Bahamontes, no es probable que nos venga nunca de aquel paraíso mediterráneo. Como un Toledo menos agreste o de mejor pavimento, quizá Bahamontes seguiría ignorado. No quisiera que estos comentarios suministrasen a nuestros regidores la disculpa de que, con la desidia de hoy en las calles de su feudo, preparan el alpinismo del porvenir. No. Sería igualmente absurdo renunciar al Plan Badajoz por el hecho de que en las regiones más atrasadas de la Península hubiesen nacido antaño los conquistadores de América. De ningún modo. El anatema de la pobreza por lo que hay en ella de sepulcro, de derrota o de sufrimiento, no se neutraliza por lo que tenga de estimulante y aleccionador. Esto sentado, no dejemos de señalar el hondo parentesco que, desde siempre enlaza al dolor con la victoria. La necesidad, sí, hace milagros. Ahora bien; el convertirla en trampolín del triunfo es admirable. Y de eso es lo meritorio en Bahamontes.

Se me objetará que infinitos chicarrones más o menos dotados para el ciclismo, andan repartiendo leche por esas capitales de provincia y que no es cosa de ponerles a cada uno como señuelo los laureles del ganador de la vuelta a Francia. El fracaso es semilla de resentidos y nada enrarece tanto el aire como la respiración de quienes lo son. Pero aunque corramos el riesgo de ~~infestarlo~~ formarla, no importa si así se conjura otro de mayor gravedad: el que nuestro trabajo de hoy pierda su «perfume», el que de nuestro horizonte se borren las palmeras lejanas y nos queden sólo la pura línea geométrica, descarnada y sin alicientes.

Pocos son los soldados que se encontraron con el bastón de mariscal aunque teóricamente lo llevasen todos en su mochila. Sin embargo, de esa esperanza, nacieron muchos héroes. Millones de herreros han cantado al compás del yunque y sólo uno fué Gayarre. Pero de la melancolía de nuestra mediocridad cura mucho el embriagarse, de vez en cuando, pensando que es vía obligada, paso transitorio rumbo a destinos mejores. Lo de menos es llegar como Bahamontes. Lo que importa es soñar que a cada uno nos puede suceder lo que a Bahamontes. Porque, por muy largo y duradero que sea su triunfo —y yo se lo deseo sin límites— cuando en la declinación de su vida haga el saldo, comprobará que la ilusión le duró mucho más tiempo, le fue mucho más dulce y [illegible]so, acaso, le hizo más feliz.

acaso,

/con

en «El Diario Vasco» el 30 de julio de 1959